Director, LUIS CANO. Administrador, J. EMILIO CALLE.



LECTURA AMENA

Serie I. Año I. N.º 4.º

SUMARIO:

MEDELLIN
IMPRENTA DE *El Espectador*.
1904.

Para todo lo que se relacione con esta revista, entenderse con el Administrador
J. EMILIO CALLE.

LEY 51 DE 1898 (15 DE DICIEMBRE)

sobre prensa.

(*Continuación.*)

Art. 4.° Todo impreso llevará insritos la fecha y el lugar de su publicación y el nombre del establecimiento en que se hubiere editado, bajo pena de diez á veinticinco pesos de multa, que podrá convertirse en arresto por cinco ó doce días, en caso de que haya reincidencia en un plazo de seis meses.

(*Continuará.*)

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año I | *Medellín*, 15 *de Noviembre de* 1904. | *N.°* 4?

C'EST LA VIE......

PARA LECTURA AMENA.

Ricardo estaba profundamente conmovido, y me habló así:

"Nada te cuento de los primeros años de mi vida porque ellos vagan perdidos en la sombra de lo incógnito, y mi cuna no es—como la de la mayoría de las gentes—un foco luminoso donde se abrazan complacidas las miradas de los progenitores, donde juguetean los ángeles entre los leves cortinajes blancos—sino un rinconcito oscuro y pobre donde quizás errarían únicamente los ojos impregnados de lágrimas de algún sér entristecido, de alguna mujer sola y abandonada....

Mis recuerdos no alcanzan sino hasta aquellos tiempos corridos al lado de la ciega, en el ángulo húmedo del corredor del Asilo. Las bondadosas Hermanas de la Caridad, que quizá me recogieron á la puerta de la morada protectora ó me recibieron de brazos de algún extraño, me entregaron á aquella mujer para que cuidara de mí y para que yo le hiciera compañía en sus largas horas de dolor y de sombra.

La ciega era hermosa, bien lo recuerdo: Tenía una ondulada y abundante cabellera negra que hacía marco de ébano á un rostro de correctos perfiles, rostro amable y pálido, con la enferma blancura de los lirios. Su voz dulcísima tenía las suaves tonalidades de una queja, pero de una queja exhalada por un alma cristiana, resignada y pura.

Aquella ciega amable me tomó á su cuidado con toda la ternura de una madre verdadera. Al pie de una ventana de barrotes gastados, como los huesos mordidos por la carcoma de los años, allá en un rincón de uno de los corredores, pasaba la infeliz los días enteros, sola, entregada á los recuerdos de su juventud, cuando tenía padres y hermanos, y cuando sus ojos no vagaban sin luz en el profundo vacío de la tiniebla densa. A ese punto me llevó, y como á corderillo inquieto, me ató una cuerda á la cintura, y amarró el otro extremo á uno de los barrotes de la ventana. Así corrieron los tiempos.... Ya la ciega oía de mis labios el título de *madre*, y ella pudo sentir la fruición indecible de llamar *hijo* al pequeñuelo. ¡Y cómo no habría de apellidarla madre, cuando ni mi madre carnal me hubiera amado tánto! La pobre ciega se despojaba de sus abrigos, en los días de crudo invierno, para calentarme en el rincón de su lecho, y mientras yo dormía tranquilo, como el pichón bajo el ala materna, ella tiritaba, orando y rogando á Dios por mi porvenir; me buscaba á tientas por todo el Asilo cuando llegaba á escapármele de aquel rincón húmedo, me proporcionaba amigos y

juegos, y amenizaba las horas con los relatos instructivos que me hacía, y con las anécdotas seductoras que la pobre narraba con su voz de amargas pero suaves entonaciones.

Difícil será describirte los tornasolados paisajes de dichas futuras que se desarrollaban en la mente de la ciega. Ante los ojos de su espíritu revoloteaban los sueños del futuro venturoso, como azules mariposas, con los ricos cambiantes que forma sobre sus alas el beso del sol de la Felicidad. Tenía ya un hijo á quien amaba con el entusiasmo de los seres que lo han perdido todo, todo, y que hallan de repente el calor del hogar, la vida de los afectos, y una válvula de escape para todas las fuerzas generosas del alma. Mañana tendría un apoyo en ese niño suyo, muy suyo, y sus años de ancianidad se deslizarían tranquilos, protegidos por el hijo que tántos desvelos y cuidados le costaba... Una casita humilde, un rancho alquilado, si se quiere, donde viviría con su muchacho trabajador, artesano ó jornalero, siempre juicioso, siempre atento para con su madre ciega. Como era natural, su hijo se le casaría, y entonces ella completaría dos hijos con la mocetona fresca, gallarda, que dedicaría sus energías todas al esposo y á la viejecita.... Y sonreía la amable soñadora!

Estaba mi ciega en uno de esos raptos de esperadas venturas cuando me escapé de su lado.... ¡y no volví más al Asilo!

....

Tú conoces, amigo, mucha parte de mi vida de joven. Sábes cómo he luchado con la suerte, y cómo mi labor constante y digna me ha creado una regular posición social y pecuniaria, á pesar de mi origen, y, sobre todo, cómo vivo al lado de una esposa encantadora que hace todas las delicias de mi hogar tranquilo.

No hace una hora estaba á la mesa con ella, en charla sabrosísima, rodeados de manjares apetitosos y generosos vinos, pues hoy es el día de su Santo.

De repente un pordiosero llamó á la puerta, y disgustado yo por esa interrupción de un momento de dicha, interrupciones no usadas en los centros civilizados, donde los pobres no pueden pedir en las plazas y calles porque dizque esto es echar hiel en la copa de los felices; disgustado, repito, con aquella plegaria que era como una nota discordante en el concierto de nuestras risas alegres, respondí desde el comedor ·

—No hay nada ahora. Vaya usted, y vuelva otro día....

La súplica quedó ahogada. Ni una palabra volvió á oírse, ni un reproche,....nada.

Cuando salía á la calle, hace pocos momentos, encontré sobre el pavimento del zaguán un cuerpo tendido, desmayado. Levanté aquella cabeza encanecida, vi dos lágrimas que se habían secado sobre las arrugas del rostro macilento, y reconocí...¡á mi ciega...á mi madre..!"...

Ricardo inclinó la cabeza como bajo el peso de una vergüenza y de un dolor infinitos.

EUSEBIO ROBLEDO.

EN UN ABANICO

Oh princesita costeña,
pastorcilla de Watteau,
te traigo los cantos yo
de la montaña antioqueña,
oh princesita costeña,
pastorcilla de Watteau.

Tú tienes en las miradas
no sé qué vagos reflejos
que el sol les presta de lejos
á mis montañas amadas.
Tú tienes en las miradas
no sé qué vagos reflejos.

Es tu brillante pupila
el lucero de la tarde
que allá en los espacios arde
tras de mi sierra tranquila.
Es tu brillante pupila
el lucero de la tarde.

Eres tú la bella ondina
del revuelto Magdalena
que besa la ardiente arena
por besar tu planta fina.
Porque eres la bella ondina
del revuelto Magdalena.

Yo, poeta montañés
de la montaña antioqueña,
pongo, princesa costeña,
mi agreste lira á tus pies,
yo, poeta montañés
de la montaña antioqueña.

JULIO VIVES GUERRA.

. . . ?

(DE STECHETTI.)

Ella, con dulce acento me decía:
—Siempre te muestras triste, reservado....
Nunca te vi rezar, ni arrodillado....
¿Por qué es tu risa tan amarga y fría?

—Ay! sobre tu cabeza, rubia mía,
La duda—dije yo—¿nunca ha pesado?
Desde que en nada creo se ha clavado
A mis labios sonrientes la ironía.

—Luégo no crees en Cristo?—dijo ella—
¿Ni en el ángel que guarda tu memoria,
Ni en la Virgen? tampoco crees en eso?

Y al mirarla tan cándida y tan bella,
—Tú eres mi Cristo, mi ángel, y mi gloria—
dije—no hables de Dios y dáme un beso.

SOFOCLES, HOMERO Y FIDIAS

AL DR. F. A. U. M.

El estimable, popular y ya muy acreditado periódico *Vida Nueva*, en su número 35 del miércoles 19 de los corrientes, y con motivo de nuestro artículo titulado "Juegos Florales," que vió la luz en el número 1.º de esta misma Revista, nos pide expliquemos porqué, en nuestro concepto, "Sófocles, Homero y Fidias, pertenecen á la raza latina". Igual interrogante nos habían hecho ya tres literatos de nombre, y, á poder hacerlo, nos lo habrían hecho, acaso, muchos de los lectores de *Lectura Amena.*

No negamos que la aseveración es atrevida por nuestra parte, lo cual confirma el derecho que el atento sueltista de *Vida Nueva* y los caballeros citados, tienen para exigirnos tal explicación. Deferentes queremos aparecer, y por eso, pedimos á los lectores un poco de paciencia, pues el tema exige alguna extensión, ya que, lo confesamos humildemente, no tenemos la concisión de los grandes escritores.

Los dos capítulos en que trataremos la tesis propuesta se reducen á probar, si podemos, estos dos puntos:

1º Lo que llamamos impropiamente *raza latina*, es la raza griega, transportada á Italia, y que tomó la denominación de *latina*, no por proceder del Lacio, sino de *Latino*, nombre de uno de sus primeros reyes; y

2.º El latín, como lengua, fué formada, perfeccionada y establecida en Italia por los griegos antes que por los italos y romanos. A Cantú y á Jünemann seguimos en este trabajo, pues son ellos quienes con mayor extensión tratan los puntos de que vamos á hablar.

I

HISTORIA

Primeros Países.—Grecia.—Primeros pobladores.—Pelasgos.—Colonias griegas.—Italia.—Autóctonos.—Pueblos que formaron la Italia.—Magna-Grecia.—El Lacio.—Razas.—No hay tal Raza Latina.

Corresponde á Hélade, más tarde Grecia, el séptimo lugar en el órden de formación de los primeros países del mundo, después de la dispersión de los pueblos, en la Época II, y hacia el año 1776 a J. C. Ocupa, también, el primer puesto en la formación de las hoy poderosas naciones Europeas, después de haber principiado ese movimiento de cohesión de las tribus similares por Asiria, y haber seguido á la India, Arabia, Egipto, Palestina y la China. La Península griega, como la mano abierta en actitud suplicante del Continente Europeo, recibió, empuñando fuertemente, aquel movimiento que, como una onda benéfica, concretaba el instinto de conservación de la humanidad, debilitada por el individualismo primitivo y salvaje.

Los primeros pobladores de Grecia se llamaron Helenos (de Hélade) ó Pelasgos, nombre que se cambió más tarde por el de Griegos, á causa de llamarse así los antiguos pueblos que habitaban al rededor de Donona. El prodigioso aumento de aquella raza potentísima; el des-

arrollo inaudito de su comercio y sus grandes excursiones por el mar, indicaron un natural movimiento de expansión, para contener el cual, el suelo griego era muy limitado. De allí nació la expatriación de numerosas colonias griegas, que solicitando un suelo más libre y más amplio, llegaron unas en movimiento regresivo al Asia, otras á Italia, éstas al sur de Francia (Marsella) y esotras á España (Sagunto).

"La Italia [dice Cantú] cortada por tántos ríos y valles, parece dispuesta por la Naturaleza para estar dividida en pequeños países; por esos desfiladeros y por mar fueron las primeras colonias á Italia." "Diez y siete siglos a. J. C. los Pelasgos y los Ilirios ocuparon toda la Italia, y á ellos se atribuyen las construcciones ciclópeas de muchísimas ciudades situadas en las playas del Adriático y á lo largo del mar Tirreno."

De los Pelasgos salieron : los *Mesapios*, divididos en *Salentinos* y *Calabreses;* los ENOTRIOS, los Conios, los *Italos* y los *Morgetas*, los *Paucetos* y los *Danios*; los *Liburnios*, los *Vénetos* y los *Sículos*. También poblaron los Pelasgos parte considerable del Po y todas las costas occidentales de Italia.

En el centro de la Península Itálica, los habitantes se llamaban *Autóctonos* [antiquísimos], que eran frecuentemente rechazados por las invasiones conquistadoras y absorbentes de los extranjeros. En las Provincias que DESPUÉS SE LLAMARON LACIO, Campania, Samnio, habitaban los *Oscos* y los *Sabelios*. Los primeros vivían en el fértil país regado por el Tíber hasta las montañas de Gales y Benevento. Ya antes habían habitado allí los Sicanios, pero cuando éstos perdieron las llanuras del Po y la Etruria, los Cascios, llamados *aborígenes*, salieron de las montañas de Reate, y ocuparon la orilla derecha del Tíber, y mezclados con los *Umbrios*, *Tirrenos* y *Ausonios*, formaron el *Pueblo de los latinos*, llamados así de *Latino*, rey de Laurento.

Fué el pueblo *latino* en un principio una confederación de tribus, de origen pelásgico y sangre helénica, constituída á la fuerza de una ley natural de conservación y defensa, ante pueblos más fuertes, y en el período del dominio brutal del número y la astucia.

Por la importancia que tiene para nuestro intento, habíamos hecho notar la tribu ó pueblo de los ENOTRIOS. Bien : en 1790 a. J. C. y en el tiempo en que el pueblo hebreo abandonaba á Egipto, más ó menos, Enotro, rey de Argos, salía de Grecia y ocupaba puesto en Italia con una gran Colonia. Véase, pues, cómo no era la gleba helena la que traía á Italia la sangre y el genio griegos : eran los grandes reyes como Enotro.

Enotro, que tuvo como ascendientes á Nicaón, PELASGO, Niobe, Faso, Arestor, Foroneo é Inaco; y por descendientes á once reyes hasta *Licurgo*, y después á Agapenor, que nació en Italia y murió en España. Nuestro juicio de que los autóctonos ó aborígenes fueron sustituídos casi en su totalidad por las invasiones griegas, queda probado plenamente con el hecho de que hasta el siglo V de Roma, gran parte de la Italia se llamaba aún la MAGNA GRECIA. Para esa época llevaban este nombre ocho pueblos denominados : Locrense, Gaulonita, Scilletica, Crotoniata, Sibarítica, Neracleuse, Metapontina y Tarentina.

Una colonia de Atenienses edificó á Thurii, al lado de la antigua Sibaris.

Despues del siglo V de Roma "*los pueblos se nombraron por el país que cada uno ocupaba.*"

No pocos habíamos creído que el epíteto *latino* derivaba de *Lacio*; creemos que aquél viene del nombre del Rey Latino, según lo anteriormente dicho. La formación del Lacio, posterior y mucho, á las invasiones griegas, es una resultante de la tendencia á formar pueblos de las colonias extranjeras. Luego si la familia griega es el orígen y fuente de la familia latina, no hay porqué la *musa* griega, que inspiró á Homero y á Sófocles y á Fidias, no sea la misma de sus descendientes Miguel Angel, Cervantes y Rossini.

Pero tengo una grave duda y es esta: todos hablamos de la gran raza, de la noble raza, de la caballeresca raza Latina: ¿Existe en realidad la raza Latina? Creemos que, como raza, no existe.

Omalius d'Halloy, de la Academia de Ciencias de Bruselas, dividió el Género Humano en cinco razas, á saber:

	habitantes.
Raza blanca	330,000.000
Raza amarilla	218,592.000
Raza oscura	150,100.000
Raza roja	5,000.000
Raza negra	51,000.000
Total	754,692.000

Dietrici, Director de la Oficina de Estadística de Berlín, lo divide en cinco también, que son:

Raza caucásica	369,000.000
Raza mogola	552,000.000
Raza etiópica	196,000.000
Raza americana	1,000.000
Raza malaya	200,000.000
Total	1.318,000.000 [*]

Con distintos nombres, estas divisiones concurren sobre los mismos lotes de humanidad. ¿De dónde hemos sacado, pues, nosotros y los que con nosotros lo dicen á diario, la raza Latina y la raza Sajona? Las cinco grandes razas se dividen en catorce Ramas y cada Rama en múltiples familias y pueblos.

En la rama europea tenemos las familias *Teutónica*, *Celta*, *Latina*, *Griega*, *Eslava y Vasca*. Pero siendo los griegos y los latinos, como quien dice padres ó hijos, aunque fueran familias separadas, hoy tienen un mismo padre, á *Pelasgo*, y una misma madre, á *Grecia*, y por eso una misma sangre, un genio mismo y una *musa* común á sus genios artísticos.

(*) El cómputo de d'Halloy, se hizo en 1844. El de Dietrici, en 1858.

II

LITERATURA

Letras y Artes griegas.—Axamenta (Cantos bárbaros).—Livio Andrónico, esclavo griego, crea la epopeya y el teatro.—Quinto Ennio, griego calabrés, forma la lengua latina.—Plauto, Terencio y Maccio.

Desde luégo sabemos que Grecia es, no solamente la proto-nación del Continente Europeo, sino que remontando su historia á las nébulas de los primeros siglos, vino á dar motivo, con sus asombrosos y legendarios hechos, á que se formara una literatura grande, de rasgos eminentes, á la altura de las luchas que cantaba, de los héroes que combatían asimilándose á dioses, y de los caracteres que pintaba. Las letras y las artes griegas llegaron á tan grande altura, que ningún otro pueblo ha podido, ni en muchos siglos podrá escalarla. La forma griega es el modelo suspirado de la Belleza artística: como en fuente inagotable han bebido en ella todas las otras literaturas; las que de sus huellas se han apartado, han, por decadentismo y languidez, acabado en una como inexpresión alambicada, ó en gongorismo imbécil. Siendo la Literatura griega la primera, siguen en importancia, las literaturas *hebrea, española, italiana, latina, alemana, francesa, inglesa y portuguesa*, según Jünemann.

Es la literatura latina ó romana esencialmente de imitación. Sin la literatura griega no se concibe, ni habría acaso existido.

"Ningún indicio, ni el más leve de vitalidad literaria dió el espíritu romano, en el largo lapso de siglos transcurridos desde la fundación de Roma en 753 a. J. C., hasta el tiempo en que un esclavo GRIEGO, reveló á sus amos asombrados, la existencia del maravilloso mundo de las letras helénicas.

"Las únicas manifestaciones literarias de esta época, si merecen tal nombre, se reducen á algunos cantos bárbaros, que nunca salieron de la tosquedad primitiva, llamados *axamenta:* cantos enigmáticos de los sacerdotes Salios. No eran menos toscos, ni tuvieron más porvenir, los de una corporación de sacerdotes denominados *Hermanos arvales* (*campestres*) que los entonaban en las procesiones solemnes que se hacían por los campos en honor de Ceres y demás deidades rurales."

"Las *Fesceninas* (de *Fescenio*, ciudad etrusca) y las *Atelanas* (de *Atela*), eran farsas cómicas grotescas, condenadas á completa esterilidad."

"Estaba ya Roma en todo el auge de su gradeza política y era la señora del mundo, cuando un esclavo griego, LIVIO ANDRÓNICO, liberto del cónsul Livio, llamado *Salinátor*, dió á conocer en Roma la literatura griega. Cultivó el latín; tradujo en él la *Odisea*, creó la epopeya y el teatro nacionales y en general, la literatura latina." (240 años a. J. C.)

"Formó la lengua latina [!!] y el lenguaje poético, Quinto Ennio [239-169 a. J. C.] GRIEGO (!!) *calabrés* y el más grande poeta de este período."

Admirado y querido de los más ilustres romanos, vivió en ex-

trema pobreza, que sobrellevó con dignidad. En el bello epitafio que él mismo se compuso, traslúcese toda la altivez y arrogancia de su alma; en él pide que *nadie le llore, porque revuela vivo por los labios de todos* [Nemo me lacrumis decoret, neque funera fletu. Faxit. Cur? Volito vivus per ora virum.]

Los grandes poetas de Roma no lo igualaron ni en vigor, ni en fuerza ni en sencillez. Cicerón lo llamó: *el mayor de nuestros vates;* Virgilio aprendió en su escuela y Ovidio hace de él un buen elogio diciendo que *es de grandísimo ingenio.*

Grandes poetas y hombres de nota como Plauto, Tito Maccio y Terencio "se contentan con tomar del Teatro griego los argumentos, caracteres y cuadros de costumbres."

—

Si es cierto que los griegos poblaron la Italia; si el genio griego no informó solamente, sino que *dió vida* y sér al genio latino; si fué el Latín introducido por los griegos, ó formado por ellos en Italia; si el alma, la sangre, el espíritu y el genio latinos, son el alma, la sangre, el espíritu y el genio griegos, ¿no podrán Sófocles, Homero y Fidias, considerarse como de la familia latina? ¿Los ascendientes, por línea recta, no son pues de la raza de los descendientes? Sin duda alguna.

B. TEJADA CÓRDOBA.

Medellín, Octubre 1904.

TRISTITIA RERUM

Abierto está el piano....
Ya no roza el marfil aquella mano
más blanca que el marfil.
La tierna melodía
que á media voz cantaba, todavía
descansa en el atril.

En el salón desierto
el polvo ha penetrado y ha cubierto
los muebles que ella usó;
y de la chimenea
sobre el rojo tapiz no balancea
su péndola el reló.

La aguja detenida
en la hora cruel de su partida,
otra no marcará;
junto al hogar, ya frío,
tiende sus brazos el sillón vacío
que esperándola está.

El comenzado encaje,
en un rincón, espera quién trabaje
su delicada red....
La mustia enredadera
se asoma por los vidrios y la espera,
moribunda de sed....

De su autor preferido,
la obra, en el pasaje interrumpido
conserva la señal....
Aparece un instante
del espejo en el fondo, su semblante....
Ha mentido el cristal.

En pavorosa calma
Creciendo van las sombras....en mi alma
van creciendo también.
Por el combate rudo,
vencido al fin, sobre el piano mudo
vengo á apoyar mi sien.

Al golpear mi frente
la madera, sus cuerdas tristemente
comienzan á vibrar.
En la caja sonora
brota un sordo rumor.... Alguien que llora
al verme á mí llorar....

Es un largo lamento
al que se liga conocido acento
que se aleja veloz....
En la estancia sombría
suena otra vez la tierna melodía
que ella cantaba siempre á media voz.

RICARDO GIL

LA LEYENDA DEL MONTE SAN MIGUEL

Vi primero desde Cancale ese castillo de hadas plantado en el mar. Pero lo vi confusamente, sombra gris levantada sobre el brumoso cielo.

Lo divisé luégo desde Avranches, á la caída de la tarde. Rojos estaban el horizonte, la inmensidad de arena y la enorme bahía; sólo la escarpada abadía, arrojada allá abajo, lejos de la tierra, como morada fantástica, aterradora como un palacio de sueños inverosímilmente extraño y bello, permanecía casi negra en medio de las púrpuras del día agonizante.

Me dirigí hacia ella desde la aurora del siguiente día, al través de las arenas, fija la mirada en esa joya monstruosa, grande como una mon-

taña, cincelada como un camafeo y vaporosa como una muselina. Mientras más me acercaba, más crecía mi admiración, pues quizá no haya nada en el mundo tan maravilloso y perfecto.

Vagaba sorprendido como si hubiese descubierto la habitación de un dios al través de esas salas soportadas por columnas ya ligeras, ya macizas; á través de esos pasillos de un atrevimiento sorprendente, levantando los ojos maravillados hacia esos pequeños campanarios que semejan cohetes lanzados al cielo, y hacia toda esa mezcla inconcebible de torrecillas, de canales, de ornamentos esbeltos y encantadores, fuego de artificio de piedra, encaje de granito, obra maestra de arquitectura colosal y delicada.

Como yo permaneciera extasiado, un campesino normando se me acercó y me relató la historia de la gran querella de San Miguel con el diablo.

Algún escéptico dijo: "Dios hizo al hombre á su imagen, pero el hombre se ha desquitado en debida forma."

Esta frase es de una eterna verdad, y sería curioso hacer en cada continente la historia de las divinidades locales, así como la historia de los santos patronos en cada una de nuestras provincias. El negro tiene sus ídolos feroces, comedores de hombres; el polígamo mahometano puebla de mujeres su paraíso; y los griegos, como gentes prácticas, divinizaron todas las pasiones.

Cada aldea de Francia se halla bajo la advocación de un santo protector, modelado á imagen de los habitantes.

Ahora, San Miguel protege la baja Normandía, San Miguel, el ángel radioso y vencedor, el portaestandarte, el héroe del cielo, el triunfador, el dominador de Satanás.

Mas hé aquí cómo el bajo-normando, astuto, cauteloso, disimulado y chicanero, comprende y narra la lucha del gran santo con el diablo.

Para ponerse al abrigo de las maldades del demonio, su vecino, San Miguel construyó él mismo, en pleno Océano, esta habitación digna de un arcángel, y, en efecto, sólo semejante santo podría crear una residencia tal.

Pero, como él temía aún la proximidad del Maligno, rodeó su dominio de arenas movedizas, más pérfidas que la mar.

El diablo habitaba una humilde cabaña sobre la costa; mas poseía las praderas bañadas por el agua salada, las hermosas y fértiles tierras donde brotan las grandes cosechas, los ricos valles y los fecundos flancos de todo el país; mientras que el santo no reinaba sino sobre las arenas. De suerte que Satanás era rico; y San Miguel, pobre como un mendigo.

Después de algunos años de ayuno, fastidióse el santo de tal estado de cosas y pensó en celebrar un contrato con el diablo; pero la operación no era muy fácil, ya que Satanás amaba mucho sus mieses.

Reflexionó el santo durante seis meses, y una mañana se encaminó á la tierra. Tomaba el demonio la sopa delante de su puerta cuando percibió al santo; al punto se precipitó á su encuentro, le besó la mano, le hizo entrar y le ofreció refrigerantes.

Después de haber bebido un poco de leche, San Miguel tomó la palabra:

—He venido á proponerte un buen negocio.

El diablo, cándido y confiado, contestó:

—Convenido.

—Hélo aquí. Tú me cederás todas tus tierras.

Satanás, inquieto, quería hablar:

—Pero....

El santo continuó:

—Escúcha primero. Me cederás todas tus tierras. Yo me encargo del trabajo, de las labranzas, de las semillas, del abono, de todo en fin, y partiremos las cosechas por mitad. Estamos? Y el diablo, naturalmente perezoso, aceptó.

Pidió sí, como adehala, algunos de esos deliciosos pescados que se cogen al pie del monte solitario. San Miguel se los concedió.

Se dieron las manos, escupieron de lado en señal de que el negocio estaba concluido, y el santo dijo:

—Míra, yo no quiero que tú tengas quejas de mí. Elíge lo que quieras: la parte de las cosechas que brota sobre la tierra, ó aquella que permanece bajo el suelo.

Satanás contestó:

—Tomaré aquella que brota sobre la tierra.

—Convenido, replicó el santo.

Y se marchó.

Luégo, seis meses después, en el inmenso dominio del diablo, no se veían más que zanahorias, remolachas, cebollas, escorzoneras, todas las plantas, en fin, cuyas raíces son buenas y sabrosas, y cuyas hojas inútiles sirven á lo más para nutrir las bestias.

Satanás no obtuvo nada, y, tratando á San Miguel de "malicioso", quiso romper el contrato.

Pero el santo le había tomado amor al cultivo, y volvió al diablo:

—Te aseguro que no he tenido culpa en ello; la cosa ha venido por sí misma. Y, para recompensarte, te ofrezco que tomes en este año todo lo que permanece bajo el suelo.

—Convenido, dijo Satanás.

Y á la primavera siguiente, toda la extensión de las tierras del Espíritu del mal estaban cubiertas de espesas mieses, de avenas gruesas como campanillas, de linos, de colzas magníficas, de rojos tréboles, de guisantes, de coles, de alcachofas, de todo lo que se expande al sol en granos ó en frutas.

Satanás no obtuvo nada tampoco y se molestó decididamente.

Volvió á tomar sus prados y sus labranzas y permaneció sordo á las nuevas propuestas de su vecino.

Pasó un año. De lo alto de su aislada morada, San Miguel miraba la lejana y fecunda tierra, y veía cómo el diablo dirigía sus trabajos, recogiendo las cosechas, separando el grano. Y rabiaba, exasperado por la impotencia. No pudiendo engañar al diablo, resolvió vengarse y fué á convidarlo para una comida al lunes siguiente.

—Tú no has sido afortunado en tus negocios conmigo, le dijo; pero

no quiero que me guardes inquina por eso y espero que vengas á comer en mi compañía. Te daré excelentes cosas.

Satanás, tan gastrónomo como perezoso, aceptó al punto. El día señalado, se vistió su más rico traje y tomó camino del Monte.

San Miguel lo hizo sentar á una magnífica mesa. Se sirvió primero un *vol-au-vent* relleno de crestas y riñones de gallo, con albondiguillas de carne de salchichas; en seguida, dos gruesos peces á la crema; después un ganso blanco con castañas confitadas en vino; luégo un carnero, tierno como hojaldre; á la postre, legumbres que se derretían en la boca; y por último, galletas calientes que humeaban y despedían delicioso perfume de manteca.

Se bebió pura sidra, espumosa y azucarada, y vino rojo y espirituoso, y, después de cada plato, se abría boca con el viejo aguardiente de manzanas.

El diablo bebió y comió como un cofre, tanto y tan bien, que se encontraba borracho.

Entonces San Miguel, levantándose formidable, exclamó con voz de trueno:

—Delante de mí, delante de mí, canalla! Tú te atreves....delante de mí....

Satanás huyó despavorido, y el santo, tomando un bastón, lo persiguió.

Corrían por las salas del piso bajo, volteando al rededor de las columnas; subían las aéreas escaleras; galopaban á lo largo de las cornisas; saltaban de canal en canal. El pobre diablo, cansado que daba lástima, huía ensuciando la morada del santo. Y al fin se encontró sobre la última terraza, en lo más alto, de donde se descubre la inmensa bahía con sus lejanas ciudades, sus arenales y sus praderas. No podía ya escapar largo rato; y el santo, dándole por detrás un puntapié furioso, lo lanzó como una bala al través del espacio.

Voló por el cielo como un venablo y fué á caer pesadamente delante de la ciudad de Mortain. Los cuernos de su frente y las uñas de sus miembros penetraron profundamente en la roca, que guarda para siempre la marca de esta caída de Satanás.

De allí se levantó cojo, estropeado para todos los siglos, y mirando á lo lejos el Monte fatal, recto como un pico, á la caída de la tarde, comprendió que sería siempre vencido en esta lucha desigual, y se marchó, arrastrando la pierna, hacia regiones lejanas, abandonando á su enemigo sus campos, sus ribazos, sus valles y sus prados.

Y hé aquí cómo San Miguel, patrón de Normandía, venció al diablo.

Otros pueblos han soñado la misma batalla de muy distinta manera.

GUY DE MAUPASSANT

ELEGIA

A JORGE ESCOBAR.

Proscrito, errante, solo,
de un polo al otro polo,
el viento, que embalsama
yá un lirio, yá una rama,
con libres aleteos
sus ámbares consume,
y ahoga en su perfume.
alcázares febeos.

Ronco, mudable, humano,
turbando el Oceano
con gritos que no acalla
de secular batalla,
en átomos la presa
de su furor divide,
y el mar inmenso mide
que lo infinito expresa.

La tierra á sus antojos
postérgase de hinojos;
palpita estremecida
la entraña que dió vida;
erízase el follaje
como tonante ola,
y pliega su corola
la anémona salvaje.

¡Oh, símbolo viviente
de libertad ingente
que en el Azul sereno
emula á rayo y trueno;
eterna cifra, emblema
de lo sublime y grande
do el Invisible escande
y aclara su problema!

De aladas profecías
colmáronle en los días,
sagrados para el mundo,
del Ideal fecundo;
prestando en los abriles
risueños de la Historia
heraldo á la victoria
de troncos juveniles.

Ora tal vez resuena
gimiendo en el almena
de un templo, de un castillo,
bajo el sidéreo brillo;
mas yá en su voz no escucha
la humanidad insana
promesas del mañana
ni excélsiores de lucha.

Rodó la plebe al fango
con el de eximio rango;
doquier, la vista inquieta,
interrogó el poeta;
y á su demanda inútil,
calló Natura fría,
y el Pueblo respondía
con un sarcasmo fútil.

¿Quién el vigor restaura:
ciclón, ráfaga, aura?
¿El Norte será acaso,
cuando con bronco paso,
á toda queja mudo
y á ajena mira inerte,
los campos de la muerte
oprima con su escudo?

Temblad, envilecidos
siervos del mal: rüidos
percibo desde el suelo,
do me postró mi anhelo.
Al arma tocan; deja
su estepa Atila osado,
¡y es fiemo cuanto ha hollado
la horda que se aleja!....

¡Colombia, oh patria mía!..
despiértate, que el día
se anuncia en que el Coloso
perturbe tu reposo.
¡Al yanqui! ¡Al yanqui! ¡Fuéra
flote la enseña roja;
ó el llanto que la moja
consuma tu bandera!

Julio—1904.

AB. FARINA

EL PEQUEÑO CAIMAN (*)

Para eso sirven los malditos toros. Para que los muchachos se aficionen al salto de garrocha y se lancen al aire sobre una frágil caña y vuelvan al suelo patiquebrados y haya necesidad de llamar á Esculapio, que es la peor de las necesidades conocidas.

Yo me frunzo cuando Enriqueta me dice : —Tráete á Esculapio. Pienso en la salud acumulada á fuerza de sistema y en el dinerillo del ahorro.

Ya verán ustedes.

Tengo yo un muchachito, una especie de caimán precoz, que desde que vinieron Morenito y su cuadrilla no hace otra cosa que simulacros de corridas. En casa estamos todos lidiados. Sucedió que el otro dia por saltarse la criada se le quebró la caña, vino á tierra con escándalo y se rompió una pierna.

Cuando fueron á llamarme á la oficina, y lo hicieron con todas las precauciones que el médico tiene prescritas, pensé en Esculapio y me puse como piel de gallina, porque las cosas del pequeño Caimán traen como consecuencia las visitas de Esculapio.

Ya había yo pronosticado alguna desdicha doméstica con esta introducción de los toros en Medellín; pero no del tamaño de la que me vino en suerte,

Enriqueta no se anda por las ramas. Cuando llegué en casa, y fué como á trompa tañida, ya estaba allí Esculapio tanteándole la pierna al muchacho. Tanteaba y ponía cara de quien entiende la cosa y daba unos á manera de rebuznos cortos, como de quien ha dado en el clavo.

Concluída aquella inquisición preparatoria, que duró cosa de un cuarto de hora, se vino á mí, que aguardaba muy calladito en un rincón de la pieza el diagnóstico. Sin cuidarse del enfermito, que sufría horriblemente, me hizo una larga conferencia sobre los microbios de la quebradura. En el presente caso se había roto la tibia, que es precisamente el hueso más sujeto á la acción microbiana. Hay falanges, continuó diciendo, pero falanges de trillones, de insectos microscópicos de mala índole y costumbres desastradas, en lucha abierta con otros tantos trillones de animalitos tan diminutos como ellos, pero de buena conciencia. Imagínese usted, la policía de Londres en lidia con los gitanos de Granada : eso es lo que hay allá en las recónditeces de nuestro sér. La lucha constante de esos combatientes que el talento de Pasteur ha descubierto en sus intrincados viajes, más intrincados que los de Colón y Magallanes, a través de la sangre, esa lucha, admírese usted, mantiene la salud del individuo; pero un simple dolor de muela que ocurra á uno de esos liliputienses microscópicos, trae como consecuencia forsoza un desequilibrio siempre funesto á la salud. En un caso de fractura, por ejemplo, puede ocurrir que la simple rotura del falangete del dedo de un microbio, como ya se ha observado, traiga lo que podríamos llamar en términos más grandes, el triunfo de la revolución, en cuyo caso sobrevendría la muerte del paciente, si no se le

[*] Que se me perdone el galicismo.

enviaran algunos refuerzos de fuera á los combatientes de dentro. Esta es la labor de la medicina: ocurrir con polvos, gotas, cataplasmas, lavativas, es decir con el ejército de reserva, allí donde la lucha se empeña y caen los combatientes con perjuicio de la salud. Un jeringazo disparado á tiempo, es como la llegada de Blücher al campo de Waterlóo. Un buen médico no es otra cosa que un hombre que llega á tiempo y da en el blanco.

Aquí no pude menos que interrumpir á Esculapio para observarle que la droga disparada así al montón, tanto puede herir y matar á los malos como á los buenos microbios.

Esas bombas disparadas por los que saben el arte, van precisamente al campamento malo. Matar un sólo microbio bueno, sería como romper el equilibrio europeo. Acaba de morir Pasteur dejándonos dueños de toda la línea. Según las teorías de este sabio la ciencia médica queda reducida á sueros y jeringas. Para mí es algo como un ojeo: con los perros de dentro, ó sean los microbios buenos, y el arsenal de que disponemos fuera, píldoras, gotas etc. la caza es segura. Para que usted vea hasta dónde hemos alcanzado, le daré á usted estos ligeros datos. En cada gota de sangre hay cinco millones cuatrocientos veintisiete mil dos de esos pequeños combatientes. Figúrese usted ahora qué clase de batallas se están librando perpetuamente en nuestro cuerpo: Austerlitz sería allí algo como una escaramuza ó un baile de garrote. Crea usted que este mundo de los microbios, adonde la ciencia ha bajado con los ojos del microscopio, es muchísimo más grande y complicado que aquel de allá arriba adonde ha subido con los del telescopio....ahora se trata de un aparato hermafrodita que se llama microlopio y que tiene por objeto hacer un estudio concienzudo sobre la bacteorología planetaria....es posible, acaso seguro, que el microbio de Marte esté ejerciendo grandes y perniciosas influencias sobre el microbio terrestre. Durante esta conferencia el Dr. se había fumado dos cajetillas de "Prudencio Rabell."

Un quejido del pobre muchacho trajo al Dr. del mundo de las nebulosas microscópicas al de las visibles realidades de la vida. Se trata, dijo, componiendo el primer cigarrillo del tercer paquete, de una luxación de la tibia....en, en....la cosa es seria, porque el microbio de esa región es al cuerpo humano, lo que los salteadores de Sierra-Morena á los viajeros. Si se tratara del fémur, la cosa sería distinta. Hacia aquella región puede decirse que las costumbres del animalito son patriarcales. Sin embargo vamos á trabajar. Llámese usted al Dr. Belladona. Mientras tanto vamos á ponerle una inyeccioncita de esparteína, cuyos efectos terapéuticos son maravillosos. Dicho y hecho: sacó la jeringuita de Pravaz y en el supinador extenso, clavó la aguja hasta el mango del aparato. El pequeño Caimán se creía obligado á toda suerte de sacrificios después de la diablura que había hecho y no se frunció siquiera.

Terminada esta pequeña cirugía, pidió Esculapio tinta y papel. Se le trajo mi aparejo y en menos que un fraile se persigna, garabateó esta fórmula:

T.
Analgecina.. 1 gramo.
Cerealina.. 4 Id.
M. bien y D. en cuatro papeles.
Para tomar uno cada media hora en agua de azúcar.

Esculapio.

Mayo 15 ꝑ 95.

Me fuí personalmente á la Botica, porque yo les tengo mucho miedo á los en ina, como que allí están la aconitina, la cocaína, la morfina, la estricnina, la antipirina etc. etc. etc.

Belisario, mi primogénito, se marchó á reclutar á Belladona, y Esculapio se quedó en casa fumando cigarrillo y hablando de política.

—Llévele la cuenta, le dije por lo bajo á Enriqueta, de los cigarrillos que se fume. Es un dato estadístico que quiero tomar por si me eligen para el próximo Congreso.

Salí pensando en qué afinidad habría entre la medicina, la política y el cigarrillo. Porque la hay.

Esculapio tenía su botica como á diez cuadras de mi casa; pero allá me fuí. Ya él me había advertido que las drogas eran frescas y de la Farmacia Central de París. "Había que abrirles mucho el ojo á las falsificaciones americanas."

Eran las 7½ de una de esas noches húmedas de Mayo. Como los faroles de las esquinas estaban aguardando una luna de menguante que no parecía, iba yo por entre la boca del lobo, ó sea por los callejones de la villa, tropezando con ventanas, paredes y transeuntes. En la esquina que llaman de los Mellizos tumbé un viejo y me caí sobre él. Qué mal olía!

Y después de todo, la botica estaba cerrada.

Eché para otra y otra y otra, hasta que las repasé todas. Ninguno de mis amables boticarios pudo saber qué cosa era cerealina, y eso que todos estudiaron el vocablo en *Dorbol* y otros autores. Unos pensaban que era cosa de cera y otros que de cereal, pero después de discurrir sobre el caso, acababan por decirme que era término convencional y que sólo en la botica del Dr. Esculapio podrían despacharme la fórmula.

Pues me propuse dar caza al boticario del Dr., porque me figuraba que aquella cerealina, poder de lo desconocido y misterioso, era la salud del pequeño Caimán. Recorrí todos los billares, fondas y casinos de la ciudad sin obtener resultado alguno favorable. Desconsolado regresé en casa á las 11 renegando de la ignorancia de los señores boticarios y sin hacer cargo alguno á mi médico, á quien yo creía más limpio que un paño de altar en día de renovación. La ignorancia de los otros, por el contrario, me agrandaba la sabiduría del Dr. Esculapio. Sabe tanto, pensaba yo, que nadie le entiende.

A las once de la noche se había recogido del viso de la cordillera del Este un ruedo de nubes plomizas y pesadas, y la luna se veía rodando triste y solitaria por el cielo, pero no tanto como yo por los callejones del lugar.

Me puse, llegado en casa, á esperar al bordo de la cama del paciente el otro día. Salí de madrugada, aunque no tenía esperanza de encontrar al boticario, porque el pequeño Caimán había pasado una noche malísima. Como lo había previsto, encontré la botica cerrada, pero me planté en la puerta. Por fin, á las 7 abrió Tabares, que tal era el nombre del boticario de la cerealina. ¡Cómo me alegré! Volver á ver la patria después de un ostracismo de cuarenta años, me parecía una cosa muy chiquita comparada con la que yo sentí al ver aquel hombre. Era más feo que Picio y me pareció buen mozo. Su voz, una voz de todos los demonios, me sonó tan dulce como la de la Cassandro en el delirio de "Lucía". Lo hubiera abrazado, pero temí hacer la de Manuel Venegas.

—Amigo, le dije, lo busco desde anoche como aguja. Figúrese usted que el pequeño Caimán se nos muere, y no he podido hallar un maldito boticario que entienda esta fórmula.......del Dr. Esculapio, figúrese usted.......

La recibió de mis manos, la leyó y luégo con una sonrisa entre burlona y bellaca, exclamó: ¡ Ah brutos! ¿ y qué dificultad hay en esto.......? está claro como la luz del día, ¿ qué quieren? no estudian.

—Sí, son muy animales, ninguno ha podido dar con lo que sea cerealina, como si la palabra no lo estuviera diciendo bien claro. Por lo menos, á mí me parece que la cosa va por cera, tanto más si se atiende á que se trata de una quebradura. Mientras yo decía todas estas pendejadas y él las respondía con otras, iba despachándome la fórmula con el desgonce de la convicción. De cuatro espatulazos estuvo listo todo aquello. Despachado el remedio, se puso á estudiar el precio, en conciencia, para lo cual volvió á leer la fórmula otra vez y recapacitó un momento. Me cobró seis reales, pero me regaló un "almanaque de Bristol" y dos gatos pintados en cuatro pedazos de trapo, me explicó el intríngulis de los gatos, oído lo cual me marché muy triste.

Porque pensé que Tabares se quedaba riéndose de mí, como ya se habría reído el Dr. Esculapio tántas veces.

No pudo ocultarme aquél que la analgecina era antipirina, y tampoco, por más que lo bregó, que la cerealina era almidón.

¿Conque yo, el hijo de mi madre, había comprado dos gramos de almidón por cuarenta y cinco centavos? ¿Conque la antipirina, que acababa de entrar al campo de la terapéutica, haciendo sabe Dios cuántas diabluras, se llamaba también analgecina? ¿Conque el Dr. Esculapio, aquel apóstol de la desgracia, andaba en estos fregados indecentes? Les conté en casa lo que ocurría y Enriqueta declaró desde luégo que ella no le daba antipirina á su muchacho, porque de tomar eso se había muerto una Buendía aquí y un señor Rodríguez en San Jerónimo. Y sobre todo, añadió, ¿qué tienen que ver polvos con quebraduras? Declaró, en fin, que Esculapio era un asno y que más bien quería ver al muchacho patiquebrado que muerto.

Puse al doctor al tanto de estos tropiezos domésticos, guardándome muy bien, por supuesto, de decirle el concepto de animal en que lo tenía Enriqueta, á lo cual me respondió risueño y complaciente:

—Sepa Ud. que la antipirina es la dinamita del microbio, pero vamos á complacer á mi señora Enriqueta.
En menos que yo lo cuento escribió:

T.
Parodina.. 1 gramo.
Feculina.. 2 —
M. y D. 4 papeles.
Para tomar uno cada ¾ de hora.

Esculapio.

Mayo 16-95.

Salí con mis dos nuevos en *ina*, en busca de Tabares.

De otros cuatro espatulazos me sacó otros seis reales, pero, como la vez pasada, me regaló dos gatos partidos y un abanico de "Tónico Oriental"

Me puse á reír y le dije que me parecían muy simbólicos los regalos. El también se rió con un descaro inaudito.

Tres médicos iban á ver diariamente al pequeño Caimán y esto hacía ya quince días. Habíamos tenido seis juntas extraordinarias de siete médicos cada una. El cloroformo, las inyecciones, las bizmas y suspensorios habían alternado en aquel cuerpecito pálido y enteco. Y después de tánta lidia científica, la pierna aquella parecía un apéndice en el cuerpo de mi pequeño Caimán. La rótula había ido volviendo la espalda á la medicina, y el muchacho tenía ya un pie viendo al Norte cuando el otro veía al Sur y llevaba trazas de señalar en su curso todos los puntos de la rosa náutica. Yo tenía esperanza de que al fin volvería al de partida.

Entre tanto el pequeño Caimán se desmedraba visiblemente, y eso que se había tomado unos cuarenta frascos de elíxir de Grez, que diz que es un reconstituyente de quinientos caballos de fuerza.

Aquel D. Benedicto, antiguo conocido amigo mío y de los que leyeron un artículo que rotulé: "El que se casa quiere casa", fué un día á la mía en són de visita por la enfermedad del pequeño Caimán. Tan apuradas estaban ya las cosas, que habíamos llegado al trance de las visitas.

Luégo que le hube dado cuenta pormenorizada, hasta donde me fué posible, de la enfermedad del chico y de la nueva teoría de los microbios, de que él estaba ayuno, me dijo:—Según eso, estamos entre animales.

—Como Ud. lo oye, Sr. D. Benedicto.

—Pues á pesar de todo eso que Ud. me cuenta, y que me parece un sartal de bobadas, voy á darle á Ud. un consejo..........Los médicos saben muy poco de estos achaques de huesos rotos ó descompuestos. Hay por ahí una señora de Amalfi que dicen es admirable para estas cosas. Búsquela usted......verá cómo le cura el muchacho....en todo caso déjese de médicos.

Como yo no estaba menos entripado y molesto que Enriqueta, quien había sabido de ciencia cierta que bajo tres nombres distintos había tratado Esculapio de meter la antipirina en casa, remedio al

remedio al cual ella le tenía un odio profundo, resolví ocurrir á la señora de Amalfi, procediendo con una maña de gato cazador por miedo á Esculapio.

La amalfitana vino á casa en són de, ó mejor dicho sin són ninguno, y así como quien no quiere la cosa se le hizo ver la pierna rota. Quitó con maña las cuerdas, trapajos y tablillas científicos y dijo desde luégo: no hay quebradura, es descompuesto, si ustedes gustan yo lo compongo.

No había más que ver. Por espacio de tres días, siempre con sigilo, estuvo yendo la señora á casa á friccionar al chico.

Siempre al irse tenía buen cuidado de arreglar como estaban antes las cañas, cuerdas y envoltorios.

Esculapio y sus compañeros no cabían de gozo entre el chaleco al ver cómo mejoraba el niño.

—Hay que tratar el caso en la Academia y escribirlo en la Revista, les dijo un día. Este nuevo tratamiento ensayado por mí, cuyos buenos resultados están ustedes palpando, es un triunfo espléndido. El microbio queda definitivamente vencido en este terreno. Ahora lo que importa es la vacuna, el virus, la linfa....el bacilo, el gato puede suministrar un suero excelente.

EPÍLOGO

Esculapio me cobró por la cura 164 $ .... La señora de Amalfi, 3. En el número 100 de la Revista apareció el caso bajo el nombre del niño N. N.

A pesar de lo sensible del asunto, en casa nos reímos mucho....

Siempre que Esculapio me ve, me aprieta la mano y se sonríe .... piensa seguramente en la cura del pequeño Caimán.

LUCAS GÓMEZ

CONFERENCIA

leída por D. Liborio Echavarría V. en una sesión de la Sociedad de San Vicente de Paúl de Medellín.

Señores y hermanos:

Para los que tenemos la felicidad de ser discípulos de Cristo, caridad es amor; abnegación; sacrificio; aplicación de nuestras facultades todas á la producción del bien; oración de alabanza, de plegaria, de acción de gracias; respeto por la reputación y nombre ajenos; silencio discreto sobre las faltas de nuestros semejantes; renuncia de nuestras propias comodidades y satisfacciones para crear las de otros; es, en fin, el cumplimiento del deber en sus múltiples manifestaciones.

Para los que, además, nos llamamos hijos devotos de San Vicente de Paúl, esos destellos de virtud tan eximia vienen á concretarse en el acatamiento á los cánones de nuestra Institución. Una de las más importantes de esas reglas que conducen á la unidad de acción, y á las cuales estamos sometidos voluntariamente, sin que ninguna fuerza extraña nos haya compelido á ello, es la fiel obediencia á las disposiciones del Consejo de la Asociación, en cuyas manos hemos puesto acertadamente la dirección de la labor. Para que esa dirección sea eficaz, es rigor que cada uno de nosotros coadyuve con entusiasmo al fin que la Sociedad se propone; que, como el soldado en campaña, marche sobre la trinchera enemiga á la voz de sus jefes.

Yo, el más insignificante entre mis hermanos, he sido designado por el Consejo para dirigiros hoy la palabra; y si bien es cierto que tiemblo ante el peligro, que me siento cobarde por hallarme inerme é indefenso, aquí me tenéis sumiso, dispuesto á ser acribillado, con tal de que la consigna se cumpla, de que la idea avance. Sin aptitudes, sin tiempo de qué disponer, sin tranquilidad de espíritu, ni siquiera he podido escoger tema apropiado y de novedad: de aquí que haya de contentarme con divagar un poco sobre el objeto de nuestra asociación; que, como el marino pusilánime trata, en noche de borrasca, de alentarse á sí mismo, animando á sus compañeros de tripulación, yo vengo á exhortaros á vosotros que podéis con más propiedad enseñarme á mí.

Vosotros, hermanos, os habéis constituído en dispensadores de la caridad, en imitadores de los santos á quienes el amor de Dios exaltó sobre los demás hombres; y vuestros poderosos auxiliares en esa misión hermosa son los hombres de corazón y de recursos que, sin pertenecer á la Sociedad de San Vicente, os acompañan en espíritu, y os prestan el apoyo de su fuerza. Tenéis sobre vosotros fijas las miradas de un mundo vano que se apellida mundo de la moda, mundo ilustrado, mundo industrial. Como el imán, vosotros atraéis las escorias de esos mundos: unas, formadas por los que tienen hambre ó frío, se os adhieren buscando en la Sociedad de San Vicente de Paúl el vigor y el aliento de que carecen en su vía dolorosa; otras, inmundas, como la soberbia y el odio, para chupar vuestra sangre, para desacreditar y vilipendiar vuestra venerable institución. De esas escorias, las primeras se convierten al calor de vuestro amor, en oro de altos quilates, en preclaros instrumentos de vuestra personal y eterna glorificación. Las otras, por ministerio de la virtud á quien rendís aquí culto ferviente, muy á su pesar vienen también á ser elementos utilísimos en vuestras manos maestras, para el mismo fin; porque, gracias á Dios, pasaron ya los tiempos tenebrosos en que las inteligencias se debatían inútilmente para disipar aquel diario precepto que parecía absurdo y antagónico á la razón humana: "Amad á vuestros enemigos." Hoy cuando el esplendor del Cristianismo ha iluminado todos los ámbitos; cuando el mundo intelectual y moral ha examinado esa luz, y con el auxilio de ella misma ha penetrado en el Santuario de la verdad; hoy nadie osaría defender filosóficamente lo que era tenido como racional en los tiempos anteriores á la Cruz.

(Continuará.)

—⊸—⊸—

DE TODO

JURADO DE CENSURA.—Con gusto avisamos á nuestros lectores que hemos organizado uno, con el fin de revisar todas las piezas que se nos envíen. De este modo podremos ofrecerles un selecto y bien escogido material en cada uno de los números de nuestra Revista.

A nuestros colaboradores anunciamos que el Jurado se reunirá el 1.° y el 15 de cada mes. Los originales que tres días después de cada reunión no se hayan devuelto, deben considerarlos como aceptados.

AGRADECEMOS á nuestro amigo D. H. Gaviria I. el envío que nos hizo de su hermoso cuento *Post Mortem.*

Sea esta la ocasión de anunciar a nuestros lectores la próxima reaparición de *El Cascabel.* Deseamos para el viejo colega muchos triunfos.

LECTURA AMENA.—Para todo lo relacionado con esta Revista, debe tocarse con su administrador, Sr. J. Emilio Calle.

ERRATA.—En el artículo *Sófocles, Homero y Fidias*, y en el aparte que dice: "Pero *tengo* una grave duda", debe leerse: "Pero *tenemos* una grave duda."